

RAÚL SILVA CASTRO

## ELOGIO DE VALENTIN BRANDAU

---

POR LOS primeros años de este siglo llamaron la atención en la capital los hermanos Brandau, que en plena juventud se aprestaban a ocupar sitios de privilegio en las filas intelectuales. En homenaje a su condición femenina, era aplaudida Matilde, que había ido ascendiendo, grado por grado, en las pruebas sucesivas del estudio de las leyes, hasta obtener —la primera entre sus compañeras de sexo— el título de abogado. Es verdad que la mujer chilena venía ya, desde muy remotos tiempos, trabajando junto al hombre, pues no de otra suerte habría podido contrarrestarse o disfrazarse la habitual miseria del hogar chileno; pero esta colaboración era de orden doméstico, o se ejecutaba en reducidos talleres o tras el mostrador de tiendas y despachos de cortísimo vuelo. Con Matilde Brandau el sexo femenino veíase encumbrado a la vida especulativa, en el discernimiento de las leyes, operación que por abstracta suele despertar entusiasmos no demasiado fervientes entre quienes llevan faldas. Y cuando Matilde pasó a desposada, su marido no fue otro que Luis Ross Mujica, uno de los más prometedores cerebros de su generación, autor de ensayos sociológicos y morales en que apuntaban vigilantes dotes. En aquellos años repetíase mucho la sentencia de Menandro, sobre que “el amado de los dioses muere joven”, y por desdicha hubo ocasión de repetirla ante el túmulo de Luis Ross Mujica, abierto a deshora en España, país por donde iniciaba, en compañía de Matilde, un viaje ilusionado. Desde esa fecha luctuosa, Matilde quedó viuda y viuda falleció, hace pocos años, después de brillante jornada pedagógica.

Los hermanos varones eran dos, Roberto y Valentín. Con el primero ocurrió algo parecido a lo que llevamos dicho: desapareció en plena juventud, cuando todo le parecía destinado, y en el recuerdo de sus amigos y parientes dejó el eco bullicioso de su jovialidad, en la cual desbordaba a cada instante el chorro de su juventud de veinte años. Y ahora viene Valentín, el que acaba de pasar a la vida de las memorias, cargado de muchos lustros y de una extensa hoja de servicios en la tarea intelectual. Contaba en la fecha de su muerte no menos de setenta y siete años, cantidad enorme de tiempo para una vida humana si en ella, como es el caso, ha imperado la norma del estudio desde la más extrema juventud y se han eliminado, con ansia imperturbable, la frivolidad y la molición.

Si se nos pidiera definir a Brandau en un solo rasgo, ¿qué diríamos? Tal vez fuera fructuoso, para lograrlo, repasar sus obras, sus estudios, sus ensayos, sus artículos, y si ello no basta, asomarse a su biblioteca, escogida y profundísima en ciertas especialidades; si bien la más útil pesquisa fuese todavía inquirir en el espíritu de Brandau al través de su conversación, arte en el cual fue maestro de estilo propio. Una penetrante visión del mundo le permitía acercar las edades. Hablaba lo mismo de los hombres que descollaron en las jornadas de la caída de Roma o en el cortejo de Luis XVI, como de Kerenski, Trotsky, Stalin y otros seres de la época contemporánea. El historiador que latía en él, inexpresado porque jamás publicó un libro propiamente histórico, le inclinaba a aproximar idealmente a esos ejemplares escogidos de humanidad, en virtud de la esencial e irreductible semejanza que existe entre todos los hombres nacidos de mujer, sea cual fuere la edad en que hubieron de vivir.

Después de todas estas tentativas de aproximación, Brandau podría dejarnos como imagen final la del estudioso, es decir, la del hombre dominado por el ansia de saber. Nunca estuvo saciado en esta sed que se ha llevado a la tumba. Sus propios escritos lo van mostrando, por lo menos a quien desee leerlos sin prevenciones.

Cuando era muy joven, Brandau ocupó la tribuna del Ateneo de Santiago para darse a conocer al público, y en una confe-

rencia estudió los *Caracteres mentales de la mujer*; mas, para grande escándalo de los habituales oyentes de la institución, dijo allí cuanto sabía, cuanto había leído en los libros, con lo cual se indispuso en el acto con las mujeres, que debieron ser sin duda los mejores heraldos de su saber. Brandau había procedido a lo estudioso, revisando textos, y acumuló estadísticas y mediciones para establecer la debilidad física de la mujer, en contraste con una sensibilidad al dolor que es inferior a la del hombre, según parece. Yendo más lejos, estudió a la mujer como representante de una de las dos ramas de la especie humana, y entonces el escándalo fue, si cabe, mayor. Esta vez, repitió en su conferencia, con seriedad muy de joven sabio, todo lo que contienen los libros de antropología y de psicología, sin advertir que ello es, a veces, abiertamente incompatible con el encanto que en el hombre suscita la hembra. Señaló en el sexo femenino el predominio de la ley de la herencia, que admite escasas variaciones individuales, en contraste con la ley de originalidad que parece regir, de preferencia, en los caracteres masculinos, y para corroborar agregó:

Lo mismo en lo psíquico que en lo físico, la mujer vive más del pasado que del presente, de lo vulgar que de lo personal. Es, pudiera decirse, el punto de encuentro de las supervivencias, así anatómicas como mentales. Con tenacidad incorregible y sin pizca de vergüenza, pasea sobre sus hombros el cráneo de las razas primitivas y pide prestado a los muertos su pensamiento. Estudiad su organismo, sondead su espíritu y creeréis que ha empezado, por orden cronológico, la resurrección del juicio final.

Apegadas al polvo de las generaciones extintas, las mujeres no progresan casi, es decir, no adquieren caracteres nuevos sino con suma dificultad, y no transmiten por lo tanto otros que los que han recibido. De ahí la monotonía mental que las caracteriza, la uniformidad desleída en que vegetan siglo tras siglo, la perseverancia en mantenerse dentro de los moldes medios de la especie. (*Caracteres mentales de la mujer*, pp. 66-8).

Es evidente que el autor vivió en aquellos años la embriaguez inicial de sus estudios, porque no percibió, al través de la psicología femenina, la importancia que asume el papel de conservador en la especie, en contraste con la psicología del hombre, que por más aventurero y audaz propende a la disolución del

hogar y aún al anarquismo liso y llano. A él, en esos años, le chocaba que la mujer fuese tan conservadora de los hábitos sociales y de los usos inveterados, con un pasmo que sin duda se temperó y enfrió con el tiempo, esto es, con el enriquecimiento de su experiencia y de su saber. A ese pasmo dio paso en otra parte de su bullada conferencia:

Sobre el misoneísmo de la mujer u horror a lo nuevo que le es característico, se podría escribir cuando menos un grueso volumen y aún quedarían muchas cosas por decir y sobre todo muchos documentos por consignar. La lectura de tal incompleto volumen sería más que suficiente, sin embargo, para dejar en nosotros la profunda convicción de que la mujer de todos los tiempos y de todos los pueblos no ha sabido ni sabe desempeñar en el progreso humano otro papel que el de lastre. Con gusto, por lo tanto, a raíz de dicha lectura, afirmaríamos con Moebius que nuestra especie se hallaría aún aprisionada en su estado originario si no existieran más que mujeres. Escritores antiguos, como Cicerón y Platón, habían ya notado esta proclividad del carácter femenino. Más recientemente lo han notado también los viajeros, misioneros y hombres de ciencia en los países de atrasada civilización. Los psicólogos modernos y contemporáneos, por último, la han convertido, puede decirse, en un lugar común. Es raro —escribe Spencer— que las mujeres critiquen y pongan en duda y cuestión alguna cosa establecida; en los negocios públicos su influencia se hace sentir más bien en el sentido de la conservación del poder actual que en el de la resistencia a sus abusos. Son rígidas conservadoras y odian la novedad —dice también Moebius— exceptuando los casos en que ésta les aporta una ventaja individual. Como los seres inferiores —agrega—, obran lo mismo desde tiempo inmemorial, carecen de la facultad de distinguir por sí mismas el bien del mal y lo subordinan todo a lo consuetudinario y “al así lo dice la gente”. La mujer —escribe por su parte el autor de la *Psicofisiología del genio y del talento*— es casi siempre enemiga del progreso y el más firme sostén de la reacción, en todas las formas y en todas las materias. Permanece apasionadamente ligada al pasado y a la tradición y considera lo nuevo —a menos que sea, por ejemplo, una moda que pueda aumentar el afecto de sus atractivos— como una ofensa personal; reproduciendo servilmente lo que ha visto hacer, transforma, en su inteligencia, la religión en superstición, las instituciones racionales en formas exteriores, las acciones de profundo sentido en ceremonias vanas y las reglas de las relaciones sociales, inspiradas al hombre en un principio por las consideraciones hacia sus semejantes, en etiqueta tiránica y estúpida.

Añadamos, antes de dejar este punto, que es a sus tendencias misoneístas a lo que la mujer debe el hallarse incapacitada para oponer a los dolores inherentes a la vida uno de los más altos placeres humanos, el placer de la oposición, el placer de estar solo con su invento, su idea nueva, su orientación propia y jamás concebida por nadie más, frente, si es posible, al universo entero. De tal placer, patrimonio exclusivo de los grandes genios masculinos, como Jesús, Sócrates, Galileo, Zola— no tienen siquiera la más vaga representación las mujeres. ¿Cuál de ellas sería capaz, no digo de luchar ella misma, sino tan sólo de conceder sus simpatías a los que, lejos de las mayorías compactas, según la expresión de Ibsen, se entregan a la investigación de las verdades nuevas o se afanan por el triunfo de tal o cual ideal, principio o doctrina? (*Caracteres mentales de la mujer*, pp. 86-91).

Un coro de indignadas protestas siguió a esta lectura. El joven sabio guardó sus papeles y se las arregló para publicar el texto de su conferencia en un folleto, a fin de evitar que comentarios irresponsables y frívolos enturbiaran la recta manifestación de sus doctrinas. La tarea de difundir la ciencia desde la tribuna del Ateneo quedaba interrumpida. Era preciso retirarse al bufete, para disponer de mejores argumentos con los cuales podría, eventualmente, repelerse cualquier intento de discusión. En suma, si la ciencia de hoy no era bastante o suficiente, la de mañana, acrecida con la experiencia, podría bastar.

Por esos años, la preocupación cardinal de Brandau fue el estudio de las ciencias penales, en su más amplia acepción, si bien prefirió en ellas las especialidades de que dan cuenta sus libros *Política criminal represiva*, *Observaciones al sistema penal vigente y bases para uno nuevo* (1909) y *La lucha contra el delito en Chile* (1910), este último preparado, por encargo del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, para ser presentado como aportación chilena al Congreso Penitenciario que debía celebrarse en Washington en septiembre de 1910. La diferencia entre ambos textos es notoria. Mientras *La lucha contra el delito* se limita a exhibir, con algún comentario, las bases teóricas de la organización que en Chile se ha dado a las instituciones preventivas y represivas del delito, desde el Código Penal, en el otro se esboza una vasta discusión del de-

lito, para lo cual es preciso hablar de los delincuentes y mezclar, en dilatados párrafos, informaciones antropológicas, psicológicas y sociológicas. Tan vasto es el tema, tan ardua la cuestión, que el libro quedó como primer volumen de una obra en proyecto que el autor se prometía proseguir y que, aparentemente, no prosiguió.

Nuevas escuelas sobre la delincuencia se abrían paso entonces, con alguna dificultad, en consonancia con nuevas doctrinas de la ciencia antropológica. El libre albedrío era la base teórica sobre la cual se habían edificado, en edades anteriores, la noción de delito y las instituciones punitivas; pero si el libre albedrío es suplantado por el determinismo, ¿no deben cambiar también aquella noción y estas instituciones? Tal es el grave problema que se plantea Brandau en el libro de que estamos dando cuenta, uno de los más trascendentales para estudiar, en Chile, la incorporación de la doctrina determinista en el medio intelectual. Brandau sabía que la empresa que echaba sobre sus hombros exigía cabeza muy firme, y fácilmente pudo adivinar, a poco de iniciada la lucha, que no bastaba la sola vida de un ser humano para dar cima a la empresa de rever tantos principios teóricos que pasaban, de pronto, a carecer de base. La verdad es que la aceptación plena del determinismo en el terreno psicológico y con repercusión especial en las instituciones relativas a la criminalidad, no se ha logrado hasta hoy, a pesar de que ha corrido medio siglo de la publicación del libro a que nos estamos refiriendo. Y acaso no se logre jamás. Bien está que el espíritu no sea totalmente libre de escoger entre el bien y el mal; pero siempre hay en el hombre una reserva de energía moral que puede aplicarse a lo bueno o a lo malo, no ya tal vez con plena libertad respecto de cualquier determinismo, pero sí como mera opción, así como la moneda cae de cara o de cruz en diferentes y sucesivas ocasiones. Hay determinismo, sin duda, pero también hay azar, y en eso estamos hasta hoy.

Pero leer conferencias, escribir artículos en los diarios, fundar revistas y publicar libros no son ocupaciones propiamente remunerativas, y Brandau hubo de acudir a la enseñanza para salir del paso en la emergencia. Cortó los estudios de leyes y se fue al puerto de Arica donde fue profesor del Instituto Co-

mercial entre 1910 y 1913, y en seguida a Iquique, donde ocupó ya el cargo de director del establecimiento similar. En estos empleos docentes y administrativos no era, naturalmente, la fortuna, sino un modesto pasar el que se ofrecía al joven estudioso, y Brandau lo aprovechó para realizar dos cosas igualmente caras a sus ambiciones de entonces: reanudar los estudios de leyes que había abandonado en la capital, para darles cima y obtener el título de abogado, y leer, leer mucho, a fin de prepararse a nuevas responsabilidades intelectuales que podrían salirle al paso.

Brandau obtuvo el título de abogado en 1917, cuando ya, por sus años, bien podía juzgársele arrepentido de seguir los estudios correspondientes, y se volvió a Iquique para ejercer la profesión. Allí había en esos días mucho trabajo profesional, y el estudio de don Antonio Viera Gallo, hábil y activo abogado, era uno de los más famosos en la ciudad, donde importantes transacciones salitreras demandaban con frecuencia el consejo del experto y aún la defensa ante la justicia. Cuentan los amigos de entonces, que Brandau ganó pronto la confianza de Viera Gallo hasta el punto de que éste pudo hacer un viaje de descanso a Europa dejando entregados todos los asuntos de su estudio en las manos de su joven socio. Y así pasaron algunos años. Se trabajaba, se cobraban importantes honorarios, y todo hacía pensar que, andando el tiempo, una fortunita podría verse en poder de todos los que se avinieran a ese ritmo de labor, sostenido y a veces extremado.

Pero Brandau aceleró las etapas. Había ahorrado porciones considerables de sus honorarios, y estas sumas, prudentemente invertidas en monedas extranjeras, crecieron no poco merced a las alternativas que se produjeron en los mercados monetarios de todo el mundo en los años de la guerra mundial de 1914 a 1918. Con este resultado a la vista, se propuso irse a vivir a Europa para estudiar, recorriendo museos y leyendo libros de las bibliotecas, para enriquecer el espíritu, para ensanchar la cultura. El joven sabio de 1908 renacía en él, como ave fénix a quien las llamas sólo habían chamuscado las alas. Los ensayos que no pudo escribir porque le quitaban el tiempo las clases del Instituto Comercial, los escribiría ahora. Sin fantasías, sin pretender emu-

lar con los ricos, iría a Europa para ilustrarse. De muchacho, de joven, no había podido hacerlo, ya que en el brevísimo viaje en que alcanzó a España para recoger a su hermana, ya viuda, que preparaba el regreso a Chile, no había quedado tiempo para nada que no fuera el cumplimiento de aquel entrañable deber fraterno. En este nuevo viaje, el de la madurez, aprovecharía muy bien las horas. Y así lo hizo. En el curso de 1924, cuando el viaje estaba próximo, le visitó en su casa de Iquique un antiguo amigo de jornadas literarias, Juan Espinosa, que en una entrevista contó algo de lo entonces conversado.

Se me presenta en un gabinete, rodeado de muchos libros... —escribía Espinosa—. Revive con fuerza en mi memoria la época ya lejana en que lo conociera, cuando todavía era estudiante. Fue hace unos dieciocho años, en la oficina de *Panthesis*<sup>1</sup>. Era aquella una revista “de sociología, arte, etc.”, francamente revolucionaria. En ella se predicaba el anarquismo (no el de las bombas, naturalmente). La fundó Luis Ross Mujica, aquel gran espíritu, caído pocos años después, en España. En la redacción de *Panthesis*, por allá por la calle Gorbea o Domeyko, se reunían con Ross para hacer la revista, además de Brandau, Alejandro Parra Mege (que cambió posteriormente la sociología por las carreras), Baldomero Lillo, Eduardo García Guerrero, Vicente Parra y un socialista cristiano, Santiago Carlos Gómez. Brandau era de los más asiduos, y sus artículos sobre política penal represiva llamaron justamente la atención.

Los dieciochos años pasados no lo han envejecido. Aparece en plena juventud todavía, con su entusiasmo e ilusiones de estudiante. Invitado a su casa, lo encuentro en su escritorio particular rodeado también de muchos libros: los hay en el escritorio, sobre las sillas, en todas partes. Los libros aparecen como los dueños del campo, han avanzado hasta el vestíbulo y el recibimiento, y es seguro que Brandau los tendrá también por centenares en su dormitorio. Tiene una especie de contrato con una gran librería de París, la que le envía todas las novedades por cada correo. Lo que no obsta para que adquiriera también muchos libros editados en España.

<sup>1</sup>*Panthesis* se tituló una revista publicada en 1905 y de la cual, según parece, no se publicaron más de ocho números. Su estudio demandaría una monografía especial que

no cabe en estas páginas. Hay allí, desde luego, interesante colaboración de Brandau, que fue, además, uno de los editores.

Le pregunto por qué no ha publicado nada en los últimos años. . .

—En cambio he leído mucho —me contesta.

—¿Obras de sociología?

—No, mis preferencias están ahora por la crítica. Por ejemplo, me he leído a todo Sainte-Beuve. ¿Quién no menciona a Sainte-Beuve, el gran crítico de la época romántica? Pero no lo leen, porque sospechan que ha de ser muy aburrido. Y es todo lo contrario. En esta materia nada he leído de más estudiando, de más admirable. Creo que es el primer crítico de todos los tiempos. En cuanto a los antiguos poetas franceses, también se manifiesta cierto desdén por ellos; y hay, además, un común error de juicio: nos llenamos la boca con Alfredo de Musset, considerado el gran poeta del pasado. Es que nunca, ni por curiosidad, han leído a Alfredo de Vigny. ¡He aquí un poeta formidable! (*Sucesos*, 10 de julio de 1924).

Brandau vivió principalmente en París; pero en excursiones veraniegas y aprovechando la compañía de algunos amigos, visitó diversas ciudades de Italia y de España, pasó temporadas en Suiza y en Alemania, alcanzó hasta Londres y fue, en fin, repetidas veces, huésped del British Museum, de la Biblioteca Vaticana y de otros sitios que forman el itinerario ideal de todo estudioso. De la juvenil investigación sobre ciencias penales y penitenciarias fue derivando a otros temas. Cuando él llegó a Europa se acababa de producir la revolución bolchevique, y en cada calle de París se podían ver rusos emigrados que contaban algunas de las increíbles peripecias que debieron arrostrar en la fuga. Por allí Brandau conoció a Kerenski, y a sus amigos nos contaba que conversó con él y le interrogó detenidamente, porque pretendía desentrañar, al través de las palabras del emigrado, lo que efectivamente había sucedido en los días de la Revolución de octubre. Pero Kerenski le desengañó. O no recordaba bien los sucesos, o de éstos le llegaron sólo versiones deformadas. Creía posible la pronta vuelta a Rusia, pues suponía que el "delirio" bolchevique no podía durar mucho, y a su regreso confiaba poder aplicar la receta de liberalismo generoso que había comenzado a propinar al pueblo ruso a raíz de la caída de los Zares.

Y finalmente, atraído por el espectáculo, ansioso de dominarlo en sus propias fuentes, fue a Rusia, cuando las institucio-

nes soviéticas comenzaban a entreabrir sus fronteras y hacían propaganda a ciertos viajes de turismo por el territorio hasta entonces cubierto, para los occidentales, por un baño de sangre. Volvió espantado. Todos los libros leídos hasta entonces le habían pintado los horrores de la revolución misma, esto es, de las etapas necesariamente destructivas que debe atravesar todo nuevo régimen si encuentra obstáculos en el camino y si se propone eliminarlos antes de que esos obstáculos lo ahoguen. Pero semejante etapa había pasado ya cuando Brandau estuvo en Rusia. Lo que le produjo asco, repugnancia física, indignación humana, fue la postración de los espíritus que seguía a las purgas sangrientas, la perpetua comedia de representación popular donde no existe otra cosa que una tiranía sin disimulo y sin descanso. Si antes no creía en el hombre como masa, puede asegurarse que entonces, en ese viaje por tierras soviéticas, perdió totalmente y para siempre la fe en él. No es verdad que el hombre quiera vivir en libertad; en cuanto se la quitan y se le fuerza a vivir encadenado, acepta las cadenas y las bendice. No es verdad, tampoco, que la mayoría mande. En Rusia fue una minoría ridícula la que recibió el poder de manos de Kerenski, y sigue siendo una minoría exigua la que, regimentada en el partido comunista, impone su dominio a ciento y tantos millones de hombres. La mayoría abdica de su albedrío y no quiere pensar. El amo piensa por ella, la ordena, la empuja, la hacina, la comprime, la echa de un lado a otro, alza el látigo cuando le es necesario y golpea sin piedad. La mayoría no sólo obedece sino que, además, haya o no necesidad, besa píamente la mano que la flagela.

El espectáculo del bolchevismo le apasionó en tal medida, que toda una biblioteca formó para estudiarlo. Cuando llegó a Chile exhibió esta biblioteca a sus amigos, y era ciertamente sorprendente, más que por la riqueza de los títulos por la forma aplicadísima en que había sido leída. Brandau recorría los libros pausadamente, lápiz en mano, y rayaba al margen los textos que le interesaban, concordando inclusive pasajes diversos de una misma obra. A las rayas laterales, que corrían paralelas junto al margen, solía añadir signos, de exclamación o de interrogación, según los sentimientos que le ocasionaba el dicho

del autor. Lápices de diferentes colores señalaban, en fin, los matices de este mudo diálogo entre el escritor y su lector, tal vez el más atento de todos. Una huella palpable, por decirlo así, de esta suerte de lectura, aplicada y comentada, puede verse en los epígrafes con que Brandau exornó algunos de sus libros, y notoriamente los tres volúmenes de su serie *Al servicio de la verdad*. Hay aquí, al comienzo de cada volumen, muchas pequeñas citas de autores que tratando temas que a Brandau llamaron la atención, dejaron dichas cosas que a éste le parecían importantes, dignas de ser repetidas. Y son estas autoridades, captadas en lo más buido de sus manifestaciones espirituales, las que permiten encuadrar el pensamiento de Brandau en una determinada escuela de las muchas que se distribuyen el saber contemporáneo en ciencias sociales y políticas.

Volvió a Chile en 1930, y entonces comenzó en él una nueva etapa de su vida intelectual, la del ensayista político que previene a sus conciudadanos sobre los peligros de la democracia y los amonesta para evitar que caigan en la demagogia. En concreto, le atemorizaba la idea de que pudieran repetirse en Chile las aventuras que habían conducido en Rusia a la destrucción del imperio zarista, a la desarticulación de la república liberal encabezada por Kerenski y a la entronización del bolchevismo. Un folleto de pocas páginas, *El concepto de Estado y la dictadura del proletariado en Rusia*, publicado en 1932, sirvióle para condensar algunas de las meditaciones que tenía hasta entonces hechas. Y allí, entre otras voces de alarma, leemos las siguientes líneas, en que sintetizaba el ensayista el concepto que le había merecido el estudio de la dictadura proletaria.

La dictadura del proletariado —decía—, no es un régimen despótico ordinario, desde el punto de vista de su naturaleza íntima: ella no suprime los derechos de los ciudadanos y las libertades individuales a virtud de tales o cuales antecedentes o circunstancias, sino porque niega simplemente su necesidad y su posibilidad; porque toda limitación impuesta a sus facultades le parece contraria a la noción misma y a la función esencial del estado obrero, y porque, para ella, los “ciudadanos” y los “individuos” no existen como sujetos de derecho, sino como unidades desvanecidas en el seno de las masas, en

relación a las cuales tampoco puede hablarse de derechos, porque ellas no podrían oponer "sus derechos" al poder proletario, que no es otra cosa que el "sistema nervioso", el "cerebro activo" y la "voluntad consciente" de las masas.

La dictadura del proletariado no es tampoco un régimen despótico ordinario, desde el punto de vista de las ideas que informan sus principios y sus conclusiones: ella comienza por apropiarse una concepción insensata de la vida social y de la historia humana; extrae de esta concepción la necesidad de la hegemonía proletaria exclusiva, y sobre la base de esta necesidad construye, desde luego, una "ley", una "moral", una "justicia" y una "ciencia política" nuevas, de acuerdo con las cuales es legal, es moral, es justo y es verdadero todo lo que tiende a esa hegemonía, y es ilegal, inmoral, injusto y falso todo lo demás; y establece de hecho, en seguida, un sistema social incompatible con la existencia de las clases no proletarias y un sistema de gobierno cuyo deber más efectivo es la exterminación absoluta e implacable de estas clases. La arbitrariedad prodigiosa de estas ideas y su extremismo simplista y brutal, son fenómenos únicos en los anales del mundo.

La dictadura del proletariado no es, en fin, un régimen despótico ordinario, desde el punto de vista de su extensión: ella no se circunscribe a la esfera de las relaciones políticas; sobrepasa, por el contrario, los límites de esta esfera e invade todos los dominios de la actividad humana y establece en ellos, en lugar de la de los individuos, su voluntad soberana: ella, en otros términos, niega a los gobernados todo valor intelectual, toda personalidad moral y toda capacidad de actuación propia, e impone a los gobernados, a más de sus dogmas políticos y de su credo social, su credo ético y su credo religioso, una especie determinada de actividad o un determinado trabajo obligatorio en una región determinada, y no hay medio de substraerse a esta opresión total, porque, siendo el Estado obrero una autoridad única, un juez único y un patrón único, el individuo no puede nada contra él y es, ante él, el ser más desvalido e impotente y el esclavo más esclavo que hubo jamás. (*El concepto de Estado y la dictadura del proletariado en Rusia*, pp. 56-8).

Después de estos primeros ensayos publicados en forma de pequeños volúmenes, Brandau creyó conveniente acudir a la prensa periódica para exponer sus ideas. Algunos de sus artículos, siempre extensos, aparecieron en *El Mercurio*; pero luego fue *El Diario Ilustrado* el regazo predilecto de sus trabajos, espaciados en el tiempo, pero agrupados en series coherentes.

Polemizaba; ponía en solfa a los contradictores; lucía una erudición impresionante; argumentaba en forma sostenida, insistente. Su lengua era poco variada, desde el punto de vista estético, pero jamás carecía de ardor lógico, de una especie de pasión recóndita en que seguramente asomaban puntas de sarcasmo, indignación y otros sentimientos que florecían en su espíritu a medida que contemplaba crecer en torno la marea de las novedades a toda orquesta con que se le amagaba desde las trincheras de la izquierda. La legislación social, pródiga en promesas y cortísima en rendimiento efectivo, le arrancaba voces trémulas de ira. La juventud que se alista bajo las banderas de los caudillos, para inmolarse a sus caprichos, le mereció acres condenaciones. Y como en esos años estaban desmoronándose los grandes estados totalitarios que en Italia y en Alemania pusieron en jaque la paz del mundo, fue a ellos a quienes con mayor frecuencia dirigió Brandau los tiros de su aljaba. La demagogia imperaba allí sin freno, y todas las manifestaciones propias del Estado aparecían impregnadas de una desatentada matonería.

En los años finales de su vida, Brandau procedió a recoger en aquella serie de tres volúmenes, titulada *Al servicio de la verdad*, no sólo esos artículos periodísticos a que hemos aludido, sino también los anteriores estudios sobre la dictadura del proletariado y la organización del Estado en la Unión Soviética. Es una especie de vasto testamento espiritual, que congrega meditaciones de treinta o más años de vida, precisamente el testamento que de él estábamos esperando porque es el que corresponde a quien ha guardado en la existencia la actitud del estudioso. Al través de la expresión sentenciosa, empleando no pocas veces el ceño del profesor que enseña cosas obvias, con apóstrofes encendidos de profeta, radicalmente pesimista, angustiado a trechos por la debilidad de la propia voz, insistentemente apoyado sobre sí mismo para ver si de esta manera se consigue arañar siquiera la indiferencia de los más, Brandau ofrece en esas páginas el espectáculo de un hombre que hace suyas las inquietudes de su época y de todos sus congéneres, las examina y las repasa y finalmente las expone con énfasis y con emoción. Pero no al modo emocional de quien declama

su discurso farfullado en el bufete y, en seguida, profusamente adornado de lugares comunes para consumo de la plebe que aplaude, lo repite ante la masa que debe votar por el barítono hechicero. No; en grado alguno; todo lo contrario: al modo discursivo del intelectual que antes de sentenciar examina, antes de disertar estudia, antes de profundizar duda, reflexiona y medita, y se limita a acoger, en lo que le es accesible, las experiencias propias y ajenas, las de su tiempo y las de todos los tiempos.

Las mil y tantas páginas que cubren estos libros, publicados en 1953, 1954 y 1955, no le bastaban, por lo demás, al autor para comunicar a sus lectores todas las meditaciones de su existencia, y efectivamente anunció una cuarta serie, que habría debido llevar el título de *Aforismos políticos y sociales*, según informaba él mismo. En *Al servicio de la verdad* vemos tratados temas tan graves como la teoría marxista de la explotación del hombre por el hombre, las clases sociales y la lucha de clases según el marxismo, y una defensa ardorosa y sostenida del liberalismo como doctrina basada en la libertad y que de allí trae su nombre. En órbita más nacional y con relación a problemas internos, vese también algo sobre la mortalidad de Chile (que se anticipó no poco a la efectiva baja de las pérdidas de vida que observa la estadística en el país, a raíz del descubrimiento y de la aplicación de los antibióticos) y sobre el problema del alcoholismo, en el cual, sin ninguna demagogia, Brandau se inclinaba a ver uno de los más graves rasgos sociales de la vida nacional. Todo ello puede leerse en el primer volumen de la serie; en el segundo vemos estudios sobre el partido radical de Chile ante la lucha de clases, sobre la oposición de intereses que a la sazón parecía advertirse entre la clase obrera y la nación considerada como un todo armónico y constante, al uso comtiano, y sobre democracia y oligarquía, en amistosa polémica con Galvarino Gallardo Nieto. En el tercero y final, leemos una serie de sendos mensajes a los hombres de empresa, a los propietarios, a los obreros y a otros grupos sociales, a quienes el autor pedía equilibrio, comprensión de sus deberes recíprocos y serenidad en las luchas ideológicas que a la sazón ensombrecían el horizonte de la patria. También

podían leerse allí algunos esbozos sobre la economía dirigida, que por cierto no era del agrado del autor, alguna disertación sobre el social-cristianismo y el radicalismo, como partidos políticos chilenos, y una serie de cinco vigorosos artículos titulados *Un hombre asombrado*, en que el pensador político pasaba revista, muy abreviada y sintética, por lo demás, a los muchos motivos de inquietud y desazón que le deparaba la realidad de esos días.

*El legado político de Atenas y las democracias modernas* (1956) fue otra forma de interés por la historia que debemos al autor, si bien allí no se lee un relato de la época evocada en el título, sino una serie de breves disertaciones sobre los diferentes efectos que produce en la sociedad democrática la demagogia cuando, por descuido de los custodios de aquélla, se subvierten los valores esenciales y se deja medrar, a la sombra de las instituciones regulares, el apetito de mando espuriamente conducido.

Y un día la Academia Chilena, correspondiente de la Real Academia Española, quiso recompensar con un título puramente honorífico la vasta dedicación a los problemas de la inteligencia y de la cultura que mostraba el señor Brandau, como ha podido verse en esta escueta reseña de sus obras, y le eligió para reemplazar a Pedro Prado, que distinguido poco antes con idéntica recompensa, no había alcanzado a incorporarse en el sillón académico. Brandau seguramente no sufrió vacilación alguna para el discurso de incorporación, ya que lo dedicó íntegramente a Prado, amigo desde la juventud literaria de los primeros años del siglo xx. En ese discurso debía imperar la nota grave, erudita, de los altos ideales espirituales que movieron a estos dos varones en su quehacer de la letra escrita; pero, sin perjuicio de ello, resuena asimismo la nota estética, que en el espíritu de Brandau, según puede verse por esta muestra, nunca había dejado de vibrar, siquiera a la sordina. Y cuando quiso intentar la definición de la obra de su dilectísimo amigo y camarada de antiguas ocupaciones, la psicología le ofreció luces comprobatorias de singular claridad, como puede verse en este fragmento de certera definición:

Los datos que los sentidos aportan a nuestro espíritu, los horizontes que las indagaciones de la ciencia y la filosofía abren ante nuestra vida interior, enriquecen sin duda y dilatan prodigiosamente nuestra conciencia; pero sin otros datos y sin otros horizontes, nuestra conciencia continuaría siendo casi tan pobre y casi tan limitada como antes. De aquí que Pedro Prado aplicara constantemente a la percepción y la contemplación de estos otros datos y de estos otros horizontes, sus luminosas facultades intuitivas y como adivinatorias. De donde, según sus expresiones, aquellos días imprevistos que solían visitarle, días portadores de los sentimientos al parecer imposibles, del dilatado y oscuro saber y de las súbitas evidencias de que habló tantas veces. Y de donde la amplitud y la profundidad de las visiones suscitadas en su conciencia por toda realidad, pues ésta no fue nunca, para él, la realidad concreta, próxima, visible y circunscrita que nosotros percibimos y más allá de la cual no vemos nada o casi nada. En toda realidad hubo siempre para él, por el contrario, algo que la dilataba en su ser, en su significación o en su trascendencia; algo que, espiritualizándola, la transformaba en abstracta, distante, vaga o indefinida, y algo que, en definitiva, la recreaba, penetrándola o revistiéndola de misterio y poesía.

Un hombre así dotado o, más bien, así hecho naturalmente, estaba como constreñido a mirar los seres y las cosas del mundo con todas sus facultades a un tiempo: inteligencia, intuición, sensibilidad, poder de abstracción, imaginación creadora, y a mostrarse, a un tiempo, tan gran pensador como gran poeta. La poesía es en Pedro Prado, en efecto, y lo digo con la mayor decisión, la fiel e inseparable servidora de sus ideas. Ella les aporta sus sugerencias, sus perspectivas y sus horizontes, a menudo de una vastedad, una transparencia, una delicadeza y una belleza incomparables. ¿Quiere decir esto que las ideas sean, en la obra de Prado, como en la de Lucrecio o, más cerca de nosotros, en la de Alfred de Vigny o en la de Sully Prudhomme, los elementos primarios o esenciales? No, ciertamente; las ideas son, a su vez, en la obra de Prado, las fieles e inseparables servidoras de su poesía. Ellas hacen de su poesía lo que su poesía es distinta e inconfundiblemente: una muy extraña, íntima, espontánea, perdurable e inagotable meditación poética, fina, ligera, tierna o deliciosa a veces; grave, honda, noble y seria siempre o casi siempre. (*Elogio de Pedro Prado*, pp. 203).

Por lo demás, en este mismo elogio dedicado al autor de *Alsino* alcanzó a deslizarse una insinuación que nos parece esbozo de la propia alma de Brandau, la cual, acongojada ante

el misterio de las cosas y acaso despojada ya de la ilusión de comprenderlo todo al través de los libros, se recoge en el silencio y se forja, en fin, la postrera ilusión de vivir en soledad y en secreto las últimas horas de la existencia, las del análisis introspectivo, las de la despedida. Y como en esas líneas creemos ver otro aspecto decisivo en el espíritu del autor, ahí van tal como las dejó buriladas en serena prosa de estudioso el hombre tras cuya definición andamos:

La soledad es, muchas veces, sólo aparente: nos inclinamos a creer que es un solitario quien vive lejos de sus semejantes. Pero no reparamos en que hay, para cada uno de nosotros, semejantes mucho más semejantes que los otros, sea que se hallen presentes o ausentes, vivos o muertos, y en cuya compañía se complace el solitario. Tampoco reparamos en que la gran riqueza interna aísla, sobre todo cuando ella es difícilmente comunicable o no hay a quienes comunicarla, pues es normal que en lo que decimos haya una cierta presunción o una cierta ilusión de similitud de las almas en presencia. Sin esta presunción o sin esta ilusión, permaneceríamos mudos la mayor parte del tiempo o tendríamos que descender, la mayor parte de las veces, a nuestros más bajos niveles posibles. (*Elogio de Pedro Prado*, pp. 45-6).